

**ALFONSO ORAMAS VELASCO**  
***El sacrilegio de***  
***Maruja Hernández***

Guayaquil, b@ezeditor.es,  
2010, 109 pp.

Henry David Thoreau, en *On the art of writing*, dice que “no podemos escribir bien o verdaderamente a excepción de lo que está escrito con *gusto*”,<sup>1</sup> algo que aflora en *El sacrilegio de Maruja Hernández*. Texto que se proyecta, además, como un canto a la cotidianidad. Es una alabanza al Dios de lo mundano, al afán del periódico, a una vida lentamente despojada de su esencia. La visión criolla aliterada en pasajes comprende un gran culto a lo diario y propio, a la ecuatorianidad. Más que un desfile de eventos, *El sacrilegio de Maruja Hernández* es una viaje exploratorio por el tabernáculo de la urbe, un vaticinio de la desesoperación, una mirada a lo inevitable. Una novela donde Alfonso Oramas (Guayaquil, 1998) busca expresar situaciones vacías a la literatura, pero significantes para el individuo.

El lenguaje se presenta directo, pulcro, sencillo. Es un lenguaje que se cuela con el personaje sin prestarse falso ni forzado. Es un lenguaje, ulteriormente, auténtico; sin desmerecer su manejo y cualidad literaria. Algo que asombra es la capacidad de mutar la lengua sin dañar el lenguaje. Una Maruja excepcionalmente detallada a través de la voz, de la inflexión natural del texto, que dentro de su verosimilitud, la convierte en

un personaje tanto humorístico con destellos de profundidad.

Sin embargo, esta tristeza que tengo ahora, ni el Señor Santo me la puede quitar. No sé qué hacer. Estoy tomando unos medicamentos que compré en la farmacia de Andrea, pero en nada me curan de esta pena de saber que mi máspreciado tesoro está en un lugar tan lejano, sin que yo pueda hacer algo al respecto. Siento que he dejado a mi Jackson solo ante los peligros de este mundo de ahora, con tantos peligros y tentaciones... Yo los conozco. Esto es más fuerte de lo que ustedes jamás se hayan podido imaginar... Créanme.<sup>2</sup>

Maruja Hernández es apasionante. Es una fantástica mezcla entre lo esencialmente ecuatoriano y lo esencialmente íntimo. Una vida trazada por el erotismo propio del chisme y el morbo, el amor que nace de la lujuria (o viceversa), la anécdota que surge del día a día. No es un residuo de la mala comedia de televisión ni el remedo de personajes propio del mal espectáculo callejero. Es un recuerdo de lo que representa esa vida auténticamente nuestra, presente, constante, diaria, emotiva y heterogénea. Una vida verosímil y novedosa, tratada desde el cuento más personal, desde la primera persona impertinente y tímida, apasionada y elocuente dentro de una analogía de la mediocridad o ingenuidad propia de vivir en una tierra de *Blackamanes*:

Todos llegamos a pensar que Marta tenía un amante, lo cual de algún modo

1. Henry David Thoreau, *On the art of writing*, New York, Rowman & Littlefield Publishers, 1988, p. 42.

2. Alfonso Oramas, *El sacrilegio de Maruja Hernández*, Guayaquil, baezeditores, 2010, p. 89.

no está tan mal. Pobre señora también... se le muere el marido y le toca estar más de un año seca. Pobrecita. Como sea, yo tuve el apoyo de mijo, y ahora lo tengo al Señor Jesucristo que me salva de cualquier tentación. Lo cierto es que llegamos a pensar que Marta se divertía con alguien; el problema llegó cuando nos percatamos que nunca nadie salió de su casa. Los cantos de Marta se volvieron tan famosos en la barriada, que una noche varias personas se acercaron alrededor de su casa para oírla, y de hecho escucharon una serenata distinta. Pero, por extrañío que pudiera parecer, nunca nadie ni entró ni salió. A la mañana siguiente, todavía quedaba un grupo de curiosos esperando ver la salida triunfal del 'calientaviudas', que finalmente no apareció.<sup>3</sup>

El "calientaviudas" será una poción, será un sortilegio que es verdadero únicamente en estas latitudes. ¿Acaso este es el sacrilegio de Maruja Hernández? ¿Acaso esta puerilidad intelectual, esta *sobreciollidad*, es el sacrilegio de Maruja Hernández?

Pero Maruja nos revela más que estancos de brujería y cizaña. Maruja también es un conglomerado de astucia y sensualidad, una revelación tácita ante la necesidad del personaje más que del escritor, por revelarse entera, por desnudarse, en su soledad de literatura. Las confesiones llegan como confesionario, entre la angustia, el rubor y una plegaria de perdón:

Rafael me llevó a unas tierras que quedaban a unos pocos kilómetros de la ciudad de Jipijapa –allá por el sector de

Cantagallo–, terrenos que según él pertenecían a su abuelo. Esa hacienda era una maravilla: todavía me acuerdo del olor a cacao y a chocolate; recuerdo también claramente el letrero de la entrada: Hacienda El Chiqui, donde todo es realidad. Y el paisaje... el lugar tenía una vista al mar, que a cualquier mujer se le hubiera caído la falda.<sup>4</sup>

"No fue culpa" diría la Maruja. A lo mejor este sería el sacrilegio de Maruja Hernández: entregarse a la pasión, venderse al cuerpo, deshacerse y en su propia intranquilidad permitir que en su corazón se perpetuara un sentimiento de culpa. Su sacrilegio sería un hombre, varios, los ojos de cada lector, la risa entre coqueteo y disculpa.

La Maruja es inocente en su cosmovisión de un mundo lapidario, intransigente pero muy vivible. Se nutre de lo personal, de lo diario, de lo cotidiano, y se manifiesta en aquellos destellos de humor, de ternura, de amor maternal, de encarnada pasión. Todo esto consagrado en la imagen del hijo mesiánico. El hijo, Jackson Caicedo (si acaso referencia propia de un joven jugador emelecista), de padre sin nombre concreto, con el futuro tambaleante y la esperanza de triunfo. Un hijo que es personaje de la mirada de su madre, que es virtud de la boca de Maruja. Y consagrado también en los hombres, los que mueren y no terminan de morir, a los que ama solo en fogosidad. ¿Terminará siendo este el sacrilegio de Maruja Hernández? ¿Será su calvario la mentira, mentira interior que se proyecta al

3. *Ibid.*, pp. 99-100.

4. *Ibid.*, pp. 81-82.

lector? La mentira que termina siendo mentira de todos, mentira de chisme, mentira de lo rutinario.

Y su contraparte es Juan José Torrenti. El joven estudiante, acomodado, existencial dentro de las comodidades de la aristocracia. Dentro de su introspección y su calidad de divagador, de él únicamente necesitamos sus digresiones. En su existencialismo, infantil aún, los destellos de una filosofía madura nos hacen pensar en el porvenir. Pero todo nace, al igual que con Maruja, de una necesidad. Una necesidad de ella, de ella que nunca llega, de ella la traicionera, la que no llegará. "Me acuerdo en las primeras salidas cuando hasta sobrado me decía: ya quisiera esta mujer enamorarse de alguien como yo. Soy aquel quien al final está perdiendo esta batalla del corazón... ¡qué mal sentimiento es el de este amor! Yo tan lejos ahora, ella tan lejos siempre...".<sup>5</sup> Impresión que se nos mostrará contraria más adelante en la novela.

Pero Juan José también es el ensayista. Juan José (Alfonso) explora las nuevas olas. Desde 1969 y Mark Kurlansky hasta *El terminal*, con mención especial a la caída del muro de Berlín y su importancia geopolítica. Entonces se deslumbra una visión más amplia de la realidad, un fin de la ideología, sin su fin: una ideología. También el espacio que se abre para la crítica social y los problemas de migración desde una perspectiva de política en la literatura social que la rodea. Un bosquejo veloz de lo que definiría, en su visión más mínima, nuestras angustias de aero-

puerto. Y viene como bocanada fresca este análisis, tanto más por el entorno. Las filas, los policías de migración, la eterna espera, las emociones de los que llegan y de los que no volverán. "Entre tanta prisa e impaciencia, las prohibiciones que imponen los aeropuertos lo conducen en un estado adicional de tensión: prohibido cruzar la línea amarilla, prohibido ingresar una botella con agua al avión, prohibido los celulares. Entre tanta limitación, Juan José recordó otra frase del mayo francés: Prohibido prohibir. Cuestión de jóvenes, pensó".<sup>6</sup>

También hay una interesante digresión que vislumbra la búsqueda de un dios. Un dios cartesiano, aquiniano, filosófico, no encerrado en el dogma, encerrado en la propia fe. Una lucha que parece, más que de los personajes, del propio autor (Alfonso); una lucha por dudar (como Descartes) para salir airoso y victoriosos sobre aquel dios maligno. Una lucha de fe. Una lucha de convicción, preguntas íntimas pero universales, que encuentran respuestas parciales en la filosofía pero se desatan en la propia magnificencia de la fe. Es la culminación del viaje. Un viaje melancólico, un viaje de *saudade*, innato al viajero, al extranjero. Un viaje de logro pero redimido por la tristeza: un avión que aterriza y no puedes hacer más que aplaudir: "Oigo unos aplausos y yo también aplaudo, sin saber por qué".<sup>7</sup>

La novela, en su estructura, nace de los guiños. El guiño que viene de referencias que se producen como

5. *Ibid.*, p. 36.

6. *Ibid.*, p. 27.

7. *Ibid.*, p. 116.

recordatorios de nuestra identidad más nacional. Las referencias que por ser tan propias tienen la necesidad de ser anotadas al pie. La *guatita*, el *chuchaqúí*, el *reggaetón*, Aladino, el Guasmo y la Puntilla y, lo que expresa mejor la "ecuatorianidad": Barcelona. Son alusiones (Pomada Eterna Esperanza), tan íntimas de nosotros que se explica a la perfección cuando Alejo Carpentier dice: "¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo realmaravilloso?". Es una realización borgeana llevada a la realidad. Qué espectáculo, qué privilegio, brindarle pleiteías a la patria (o patria) no en himnos o discursos decorosos y pomposos, sino desde lo personal, desde lo mundanamente delicioso, desde lo que no queremos escuchar (pero terminamos amando), del remedio sin enfermedad, de los nuestro por amado y por odiado.

Y de esta patria, a este terruño del que cuando nos separamos queda esparcido en nosotros como fino polvillo, es que tanto nos vamos. Es de aquí mismo, de este *paradiso*<sup>8</sup> autóctono, medio *guacharnaco*, medio surreal, de donde salen tanto Juan José como Jackson Caicedo. Una mirada diferente a la migración. Una mirada desde la comodidad de Business, donde el calor de un Chivas 18 años permite una mirada filosófica del mundo, de la realidad, del porvenir, desde nimiedades (o magnitudes) como el aplauso o la persona y su etimología hasta la carta de desamor de quien de todas formas ya

no está. Pero también una mirada de quienes se quedan. Una mirada de quienes extrañan al extranjero inmiscuido con quienes lo aborrecen. Es la lágrima y el intento de convencerse de que aquel es el mejor destino. Es un rezo y una plegaria por el bien del que se va. ¿Será este el sacrilegio de Maruja Hernández? Será el sacrilegio esta mirada tierna, femenina, mirada de madre que deslumbra al lector, que realza al personaje silencioso, al personaje que se construye de voyerismo.

Esta ópera prima es también el reflejo de las deficiencias propias de la inexperiencia. Maruja, un personaje construido con esfuerzo y dedicación, no deja de pecar en su lenguaje que escapa, en ocasiones, de la esencia del mismo. Un lenguaje pulcro pero que tiene bastante espacio para desarrollarse, al igual que los personajes. Si bien el bagaje cultural y literario es visible en los rasgos que funden la novela, y escapa del lugar común con éxito, en la mayor de las veces, hay una deficiencia en algunas construcciones que no permiten un fluir de la prosa. Esto compaginado con cierta vaguedad de la trama que no mantiene la tensión y no siempre se proyecta de manera intensa.

La mayor falencia de *El sacrilegio de Maruja Hernández* es Juan José. Un personaje que no aporta nada novedoso y que carece de matices, de dinamismo, de soberbia, incluso. Una voz a ratos forzada, que no permite el desenvolvimiento del personaje. Acertada la forma ensayística en que se convierten las elucubraciones de Juan José, pero estas elucubraciones, la mayor de las veces, son ingenuas, pueriles. Filosofía superficial cuyo vago análisis la hace

8. *Paradiso* de Lezama Lima, por ser un paraíso medieval, tan medieval como es nuestra propia tierra.

desentonar aun más. Es audaz pretender entablar un diálogo con René Descartes. El intento es vago y le resta seriedad al personaje que, al final, se proyecta como la voz del propio autor. Una filosofía y política aún joven, explorada si acaso como un rápido destello que sería propia de un "aprendiz de brujo". La idea tiene mérito, el esfuerzo fracasa por su propio peso.

Escenarios que se ven a veces deslucidos, argumentos que no terminan de convencer y una filosofía poco desarrollada, no deberían ser la tónica que, si bien sobresale al momento de la lectura, define a la obra. Es un sobresaliente esfuerzo de una mano virtuosa que debe seguir puliendo sus aptitudes y desarrollar su visión literaria y filosófica. Una ópera prima que debe ser exaltada por sus virtudes ante un autor que, desde su juventud, tiene todas las posibilidades de mejorar, de equilibrar su escritura, de explotar sus virtudes y recortar sus debilidades.

Una obra sincera, con personajes que merecen otros espacios precisamente por su complejidad. Una Maruja apasionada, erótica, solitaria, cocinera, humorística (humor trivial para personas serias). Una Maruja a la cual Alfonso ha sabido darle los matices necesarios para que se desarrolle dentro de un ambiente muy bien ejecutoriado. Maruja es un personaje de voz propia, que ha salido como una dama. Sin duda, el personaje que más deslumbra por su vivacidad, por su relación con el lector y su capacidad de integrarnos a sus tertulias, a sus dolores, a sus confesiones y sus llantos. Lleno de luces y sombras, el anecdotario de Maruja es una buena muestra del talento de Alfonso. Y

Juan José es una voz del autor que se funde con una literatura ensayística. ¿Cuál será, uno se pregunta, el sacrilegio de Maruja Hernández? ¿Será el desafío a un dios, al dios por el cual se vive de fe, el dios que nos lleva a filosofar (a amar el conocimiento), a su dios de adoración y devoción? ¿Será la mentira, la mentira de Maruja al lector, a ella misma, la mentira de Juan José, de Jackson? ¿Será vivir de lo mundano o de la burbuja de elucubración? ¿O será el sacrilegio propio de Maruja como literatura, como arte, como sueño, como espectro de lo real? Lastimosamente, queda únicamente como un gran título, sin su justificación en la lectura.

**SEBASTIÁN VALLEJO**

PARQUE HISTÓRICO DE GUAYAQUIL  
SAMBORDÓN, 9 DE JUNIO DE 2010